

De soldados, geógrafos e historiadores

Un comentario sobre «Trazando paisajes, imaginando la nación» de Consuelo Figueroa*

PABLO PALOMINO**

En “Trazando paisajes, imaginando la nación”, María Consuelo Figueroa Garavagno propone una des-naturalización del discurso geográfico sobre el que se cimentó el nacionalismo chileno, a través del análisis de una serie de textos históricos que revelan las matrices ideológicas con que la conquista estatal del territorio de Chile fue cartografiada, narrada y celebrada. Esta perspectiva resulta sumamente fructífera para nuestra comprensión de la fuerza del nacionalismo en América Latina, pues nos hace ver que la representación del espacio físico como espacio nacional fue clave para la construcción de otros sistemas de percepción y clasificación —étnicos, de clase y de género—, con los cuales convergió en la formulación exitosa y duradera de los relatos míticos de la historia nacional. En el breve comentario que sigue retomaré solamente algunos puntos a mi juicio particularmente productivos de este trabajo, para plantear nuevas preguntas derivadas de las suyas y señalar algunos problemas conceptuales que surgen del uso de algunas perspectivas teóricas relacionadas con la dimensión espacial de la construcción de la nación.

El espacio chileno fue representado por el discurso geográfico nacionalista como escenario de una historia triunfal. Tanto la geografía del norte, ese territorio supuestamente pasivo, habitado por indígenas inocentes e inmutables y disputado por afeminados y lascivos peruanos, como la del sur salvaje, brumoso e ingobernable de la Araucanía, aparecen como naturalmente dispuestas a ser sometidas por la heroica expansión de las fuerzas militares chilenas de la zona central, los únicos verdaderos sujetos históricos del relato nacional. El lector encontrará seguramente en las descripciones de la guerra del Pacífico y de la conquista del sur del Bío-Bío algunas reminiscencias del desierto argentino que atribulaba a Domingo Sarmiento

* A propósito de “Trazando paisajes, imaginando la nación: La Guerra del Pacífico y la Pacificación de la Araucanía en perspectiva comparada” de María Consuelo Figueroa Garavagno.

** Estudiante de doctorado en el programa de Historia de la Universidad de California, Berkeley.

o el sertón brasileño que fascinaba a Euclides da Cunha. Pero echará en falta sus connotaciones trágicas –derivadas de cierta empatía con “el otro”–, pues en los escritos de los conservadores chilenos seleccionados por Figueroa hay una visión más directamente celebratoria y hegeliana, según la cual la nación es resultado del despliegue del estado sobre un espacio vacío y sobre sus “pueblos sin historia”, que ocupan en el relato histórico el papel de meros espectadores.

Este análisis despierta algunas preguntas en el lector no familiarizado con estos aspectos de la historia chilena (como es el caso de quien escribe). Primero, en relación con el impacto de estos discursos: ¿fueron estos textos parte del aparato pedagógico y patriótico del estado chileno, o circularon por carriles marginales? ¿Fue éste pura y exclusivamente conservador? Una sucinta aclaración de estos puntos allanaría la lectura a historiadores de otras latitudes. En segundo lugar, Figueroa sugiere la existencia de conflictos ideológicos derivados de la lucha, en el discurso geográfico, entre el viejo legado patriótico, liberal y romántico, y el cientificismo positivista. Y explica que la reacción de la historiografía conservadora de principios del siglo XX frente a la herencia liberal de la oligarquía dirigente del siglo anterior fue contemporánea de una renovación disciplinaria en la geografía, basada en una mayor sofisticación metodológica y una más firme pretensión de objetividad, al servicio precisamente de la incorporación y explotación racional de los nuevos territorios. Sin embargo, en los textos presentados aquí se privilegia el tratamiento de las narraciones en las que se hace manifiesta la otra función del discurso geográfico, la función mítica, consistente en explicar la expansión territorial en términos de una serie de metáforas raciales y de género. Así, la serie de textos que va desde 1884 hasta 1940 (Cañas Pinochet, Espinoza, Tornero, Riquelme, Edwards, Risopatrón, Tellez, Benavides y Subercaseaux), rescatados en sus expresivas evocaciones exotistas, racistas y machistas del territorio y sus habitantes, deja al lector ávido por entender los vínculos entre esa narrativa y la dimensión propiamente científica de las transformaciones sufridas por la disciplina geográfica. Sería deseable que una futura versión de este artículo incorporase algo de esa otra dimensión –el modo científico de producir conocimiento de esos “ingenieros, botánicos, geógrafos y científicos” dedicados a la inspección pretendidamente “objetiva” del nuevo territorio.

Volvamos al relato mítico. Este, articuló claramente nociones de raza y género, pero ¿también de clase? Los fragmentos analizados por

Figuroa guardan silencio respecto de quiénes componían esa masculina raza de guerreros que venció en la Guerra del Pacífico y “pacifizó” la Araucanía. ¿Fue una clase “espartana” de propietarios libres o más bien un ejército de alistados a la fuerza, peones endeudados y pobres urbanos? En el texto de Riquelme se habla de “un roto” que describía el aguardiente de Lima y se menciona que “otro [roto] refería” la semi-desnudez de los inmoraes limeños. Quedan claros la condena moral a los limeños, el menosprecio de los indígenas y la celebración de la hombría chilena como claves retóricas de la descripción espacial, pero ¿cuál es la dimensión “de clase” en este relato? No es este un estudio de la composición del ejército chileno ni de la estructura social de ese país, y puede parecer por lo tanto inapropiado hacerle esta pregunta, pero desde que se señala en sus premisas que el discurso geográfico articula definiciones clasistas de la nación, sería deseable incluir algo más al respecto. Y no es un asunto menor: hacia finales del siglo XIX, precisamente cuando las oligarquías latinoamericanas cierran filas europeizando su mundo estético y filosófico en torno del racismo y el evolucionismo, construyendo una imagen mítica del “pueblo” bajo la figura de románticos aztecas en México, nobles gauchos en Argentina y míticos tupíes en Brasil —mientras tratan con látigos y fusiles a buena parte del pueblo verdadero— en Chile un ejército muy real de “rotos” viene de triunfar en dos guerras, convirtiendo al ejército en actor central de la vida nacional. ¿Cómo deberíamos considerar este proceso tan particular desde el punto de vista a menudo rígido y normativo de la norteamericana tríada *race, class and gender*, si son los *rotos* los agentes del avance estatal y de la razón occidental sobre sus “otros” que están fuera de la historia o merecen ser subordinados?

La participación popular en las guerras, en efecto, plantea problemas específicos. En Argentina, tanto la celebración de la Campaña del Desierto, primero, como su denuncia actual como “genocidio”, se concentran en el general Julio Roca, en la estrategia de la clase terrateniente y en el avance del capitalismo agro-exportador. Pero todavía ignoramos los orígenes, las actitudes y las visiones de los soldados. Si pensamos en las completas y matizadas imágenes que tienen por ejemplo los europeos de los aspectos sociales y cotidianos de sus dos guerras mundiales, puede decirse que la historia propiamente social de las terribles guerras sudamericanas está apenas comenzando a ser escrita, y aún sabemos muy poco —o mejor dicho, son todavía muy pocos quienes lo saben, y ese saber no ha llegado al sentido común histórico— sobre la experiencia popular de la guerra

del Paraguay, la del Pacífico, las campañas contra los indígenas, la del Chaco, etc. Este excursio bélico tiene por finalidad señalar que las guerras complican la narrativa histórica maestra de una modernidad racionalista estatal capitalista comandada por varones blancos propietarios, la cual es sin dudas válida sólo en un nivel muy abstracto de análisis, requiriendo de numerosas mediaciones para dar cuenta de la formación concreta de las naciones latinoamericanas, especialmente en lo que respecta a las guerras territoriales que involucraron ejércitos masivos. La comprensión de la apropiación imaginaria y colectiva del espacio nacional se enriquecería incluyendo esas experiencias.

El análisis que hace Figueroa de la retórica de la expansión territorial chilena abre también una importante serie de preguntas referidas al espacio, su conocimiento y su papel en la formación de la nación. Reconstruyamos primero el aparato conceptual del texto. La “relación íntima entre la historia y la geografía” sobre la que se basa la idea de nación, sostiene con rigor la autora, es una relación que opera trazando en la representación del espacio líneas de inclusión y exclusión sociales, líneas que son por lo tanto políticas e históricas y no geográficamente objetivas. Una vez definido un espacio nacional, y trazadas las líneas de clasificación de lugares y poblaciones en función de relaciones de poder, el paso siguiente es la mitologización de ese mapa, presentado como natural, eterno e inmutable. En el mito, lo que era caótico y salvaje deviene forma productiva una vez pacificado por la civilización, que conserva en sí de todos modos algunas cualidades primitivas, como la bravura y la belleza que impregnan las descripciones nacionalistas del espacio y los relatos de su conquista. Y sobre ese mito se construye la adhesión colectiva, pero, sugiere Figueroa, en tanto *encubrimiento*. Utilizando el concepto de *topofilia* de Gastón Bachelard, la apropiación emocional del espacio, la autora argumenta que “los principios que alimentan el concepto de nación” están dirigidos a incorporar imaginariamente a toda la población pero “reproducen, en definitiva, sólo los beneficios de la élite”, que es la única que ejerce derechos políticos –el texto nos recuerda con contundencia que en Chile las mujeres obtuvieron el derecho al voto apenas en 1949 y los analfabetos en 1970. El “espacio social” resultante, agrega citando a Henri Lefebvre, es el producto de esas relaciones de dominación, que en el plano del discurso geográfico es un “geo-cuerpo”, concepto de Thongchai Winichakul que designa el carácter de artificio político de la definición territorial.

Ahora bien, este argumento proporciona en germen dos vías de indagación que complicarían, enriqueciéndola, su perspectiva. En primer lugar, dado que las guerras de expansión territorial no fueron puramente imaginarias, y por lo tanto que la experiencia concreta de la guerra tuvo que haber conmovido la *topofilia* de las clases populares, al menos la de los soldados, cabe preguntarse si la apropiación *imaginaria y real* del territorio por parte de esas clases fue obliterada por los geógrafos conservadores, o si no fue incluida en el análisis de Figueroa por razones de enfoque –en cualquiera de los dos casos, sugiero que es allí hacia donde debería apuntar una historia renovadora de la nación que vaya más allá de la (sin dudas necesaria) desmitificación de los relatos de las elites. Las nociones de *topofilia*, *espacio social* y *geo-cuerpo* son utilizadas aquí menos como herramientas para entender la negociación entre clases y grupos en torno de la representación del espacio nacional, que como instrumentos de la elite para construir una imagen a su entera conveniencia e imponerla sobre sus múltiples “otros interiores” –indios, mujeres, pobres. Utilizar estas nociones en el primer sentido, y no sólo en el segundo, abriría este estudio hacia una historia más amplia de la construcción del espacio nacional. Y en segundo lugar, la perspectiva de Figueroa suscita la necesidad de una comparación con otros países para evaluar cuáles características del discurso geográfico nacionalista por ella analizado son específicamente chilenas, y conducirían así a refinar una teoría general de la construcción geográfica de la nación, pues el texto cita otros casos (los trabajos de Hobsbawm, B. Anderson, Craib, Pratt, Duara y Winichakul) más como referencias normativas que el caso chileno confirmaría, que como puntos de partida para interrogar la especificidad chilena. Esto no es una impugnación de la estrategia del texto, sino una sugerencia metodológica alternativa. Otros nacionalismos latinoamericanos elaboraron imaginarios sobre bases diferentes a las de Chile, tal vez menos geo-céntricos y militaristas y basados en peculiares combinaciones de “ufanismo”, indigenismo, populismo, retórica del mestizaje, etc., que se articularon de muy peculiares maneras con la dimensión territorial. En el fondo, estoy simplemente invirtiendo el énfasis: todo nacionalismo involucra un territorio, es cierto, pero no todo nacionalismo es esencialmente territorialista, y los que lo son, no lo son de la misma manera.

El texto acierta pues en su objetivo de desnaturalizar el discurso geográfico del nacionalismo chileno, habilita estas otras reflexiones y también, finalmente, apunta a un problema que excede al naciona-

lismo y a Chile. La raíz latina *terr-* da lugar en castellano y en varios otros idiomas a dos conjuntos de palabras alrededor de “tierra” (*territorio, terreno* y de allí dominio, jurisdicción, etc.) y de “terror” (*terrible, terrorífico*, que causa espanto, etc.), que convergen no casualmente en la definición de la soberanía en tanto autoridad para aplicar la violencia y amenazar con su uso en un espacio determinado. La historia de la representación del espacio (jurisdicción en que se ejerce el terror) se localiza por lo tanto, como nos lo indica este trabajo, en el centro mismo de la historia política y social.